



MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE MAYO DE 2014

Olga de León / Carlos Alejandro

Los faunos de mi cavernario

Una Tarde en el Indio Azteca.

“Escribo con su tinta y con sus canas, casi con su palpitante, con el frío sabor del whiskey y el limón, como recostado entre los hielos adentro del vaso, recordando su llamada telefónica de la suerte, con mis oídos que no eran sino sus labios de sabiduría, bajo su sombra cayendo sobre la mesa, admirando su destino. También escribo con lo que me tocó escribir”.

Fue en esas vacaciones, días antes del 24, que tomé unas cervezas con mi padre en El Indio Azteca. Me contó de su niñez, sobre cómo un vecino, un poco mayor que él, le enseñó a realizar algunas suertes con un juguete chino, color celeste: un yoyo de plástico transluciente; y luego le regaló cinco pesos para que se comprara el suyo propio, más unas cuantas cuerdas; le explicó cómo se enseñaban para que pudiera venderlas entre los vecinos.

“Camino hacia el este, con la certeza del triunfo que le pertenece a quien sufre, con las lágrimas ya convertidas en perlas, con la verdad y la mentira, con el corazón de otros y los pocos latidos que le quedan al mío. Escribo sobre lo que no sé, sobre imágenes que no existen, sobre voces que nunca escuché, emocionado por los sonidos que tal vez un día llegue a descubrir”.

Eran los tiempos en que mi padre, siendo niño, gustaba barrer el cuarto de su abuelo Prisciliano. Esperaba encontrar alguna moneda, de las que se le caían al viejo junto a la cama. Cuando había suerte, con el metalito en la mano, lo invitaba al cine. Un peso bastaba para tres entradas al Terraza Marley de Jesús M. Garza.

“Camino a ciegas, guiándome por las tonalidades de la vida. Ya sin temor, con la certeza de quienes escriben mientras caminan, escuchando el palpitante de los corazones con mis ojos cerrados. No por el destino que me espera, sino por el placer de caminar, y no solo sobre mi camino... Pero también por eso estoy triste, porque el pasado es el que dicta la sentencia que en el presente cumplo”.

Sentí mucha lástima cuando vi que al Charrito, las garrapatas lo estaban abandonando, me dijo esa tarde mi padre con la cerveza en la mano. Yo tomé un trago de whiskey. El Charro había sido nuestra mascota, de raza similar a la del perrito que tuvo él en su propia infancia. -Le había dado de comer un hueso de pavo la noche del 24, continuó mi padre, -no amaneció al día siguiente.

“Y ahora lo sé: mañana habré de trotar alegre. Para entonces, será otro quien escriba con mi tinta, mis canas y mi sangre; mientras tanto, que sea otro quien dirija sus pasos creando su propio mundo con lo que escribo, mirando la sombra que cae sobre esta hoja impresa con tinta negra, la del papel periódico”.

“-Brindo por tí, hijo, porque camines, al menos al paso de ritmo amable, en dirección hacia tu propio destino”.

Un Koala con insomnio.

-Quizás he sufrido, ¡no sé!, pero mi espíritu es un roble: ¡la víctima se volvió victimaria!

Esa vida en cavernas y entre faunos compartida por tantos años, desquicia. Mi salvación fue la mancha negra sobre la página blanca.

-El personaje creía hablar con su psiquiatra. Nadie la escucha. Sacó un

diario y empezó a leer:

“En aquella espesa selva todo seguía un curso tranquilo y a ninguna familia le hacía falta algo ni necesitaba nada más que cuanto tenían a la mano, al alcance de sus capacidades y por el tiempo que el gran dios de la selva se los permitía. Que por lo general era solo el tiempo suficiente como para no volverse viejos decrepitos, ni seres que necesitaran de los más jóvenes para sobrevivir.

Cierto día de otoño, cuando las tardes empiezan a ser más cortas y se juntan con la noche, un simpático koala retozaba sobre el tronco y follaje de un árbol, al que había trepado cuando trataba de alcanzar algunos sabrosos frutos, y jugueteaba con las mariposas que se habían quedado rezagadas del resto que ya volaba hacia el sur.

así que asediaban a su madre y a la abuela con las mismas preguntas: ¿a dónde se fue?, cuánto tardará en regresar? Ellas cruzaban miradas condescendientes, para no exaltarse ni hacer ver mal al padre y abuelo dormilón y, en el más desesperante de los casos: callaban a los chicos mandándolos a buscarlo entre los troncos de los árboles. Lo cual hacían gustosos. Los mandaban no sin antes advertirles que tuviesen cuidado de no tropezar con él, pues quizá se hubiese quedado dormido junto a las raíces de cualquier pino o árbol, antes de alcanzar a subir hasta las ramas.

Así que ese día, o como antes decía: esa tarde justo a punto de anochecer, sucede que el koala se queda dormido mientras decidía a qué rama trepar. Nadie supo nunca en dónde se durmió, esta vez. No pudieron hallarlo. Y estaba

viento azotando la entrada principal, o de algún truhán que estuviera golpeando con los nudillos, la puerta de su caverna.

Hasta que el grito de una voz conocida, la acabó de despabilar. Fue a asomarse por la ventanita, junto a la cocina, antes de decidirse a abrir. ¡Y, he aquí que se llevó dos sorpresas! Una, que al verse reflejada en el cristal, confirmó su sensación anterior: ¡estaba rejuvenecida! Otra, que a pesar de no estar totalmente segura de ello, le pareció descubrir, en el fondo de la mirada con que la veía el anciano barbado y encanecido que antes tocara a su puerta, al marido koala que había salido hacia mucho de casa.

-No, se dijo para sí, este viejo decrepito no puede ser mi marido; seguro es algún “listo de más”, un rapaz que se ha disfrazado para engatusarme. ¡Claro!, este se enteró de que aquí, la koala es la



Intentaba de una manaza alcanzar algunas bayas; pero, ni cuenta se da, cuando se quedó dormido. Le había encargado su koala-hembra que fuese en busca de alimento para los cachorros. Y, la verdad sea dicha de paso, ella lo hizo con la intención no solo de que recolectara frutos, sino porque estaba cansada de verlo dormir tanto, especialmente mientras la hacendosa koala se pasaba los días limpiando la cueva, sacudiendo los tapetes donde dormían, o preparando algún caldo o sopa que luego, luego de que empezaba a despedir olores sabrosos, “ipso facto”, el koala se despertaba para comer como cualquier oso que no hubiese probado bocado en más de medio año. Inmediatamente después de acabar con su alimento, se volvía a dormir... ¡como un lirón!

Los nietos se quejaban de no encontrarlo por la caverna, cuando seguro estaría por cualquier parte durmiendo,

tan a la mano, ¡en el suelo!, bajo un frondoso árbol que ya tiraba demasiadas hojas para ser otoño temprano. Las hojas y el follaje caído, lo enterraron.

Los koalitas regresaron a casa, sin el abuelo, tristes porque se irían a dormir sin escuchar alguna de sus historias. En cambio, la abuela se sintió relajada de no tener enfrente de ella al perezoso que en nada la ayudaba: recogió cuánto había qué recoger, despidió a la hija y los nietos y se dispuso a descansar. ¡Estaba cansada!, no por la jornada del día: por todas las jornadas de su vida, tanto que en esta ocasión, ¡sorprendente!, fue ella la que se quedó profundamente dormida. No se despertó en meses o años; no sabía.

Lo que sí supo, en cuanto abrió sus ojitos, es que se apreciaba más joven; no veía ni cansada como previo a quedar dormida. La despertaron ciertos estruendos ruidos que suponía provenían del

que hace todo, acarrea la comida y mantiene caliente o fresco y aseado el hogar: ¡no señor!, este ya no me engañará.

Y sin abrir la puerta, por una rendija de la ventanita, con firmeza, preguntó: -¿Qué se le ofrece, señor? -Soy yo, Aurora. ¡Abre la puerta que tengo hambre y mucho sueño! Tengo más de diez años que no duermo: mi lucha contra la modernidad me mata, y recordar el pasado me enfermó de insomnio.

-¡Ah!, ¿sí?, -dijo la Koala -convencida de que no abriría-; pues fíjate que yo sí he dormido, y ahora sé lo que se siente descansar y no tener que atender a quien nunca lo apreció. Así que “allé”, seguid vuestro camino, seguro hallarás quién te dé asilo: el mundo está lleno de mujeres sumisas, de almas caritativas y fémimas nobles, a alguna podrás enternecer: Menos a una: ¡esta!: recién encontrada consigo misma”.



Rosario Castellanos

Considerada una de las poetas mexicanas más destacadas del siglo XX, la autora de "Eterno femenino" fue una de las primeras mujeres mexicanas en tener acceso a la educación superior y en cuestionar el papel de las féminas dentro de la sociedad, quienes en el ámbito familiar y social ocupaban un plano inferior.

Rosario Castellanos nació el 25 de mayo de 1925, en la capital del país, sin embargo su infancia y adolescencia la pasó en Comitán, Chiapas, de donde procedía su familia.

A los 17 años regresó a la gran urbe y estudió Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde también cursó una maestría en Filosofía.

En 1950 fue becada por el Instituto de Cultura Hispánica y permaneció en España de 1951-1952; cuatro años después, en 1956, recibió la Beca Rockefeller y, más tarde, la del Centro Mexicano de Escritores.

En la década de los 60 la narradora mexicana se desempeñó como catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras. Asimismo, trabajó en el Instituto Indigenista Nacional, tanto en Chiapas como en la Ciudad de México.

Como profesora impartió clases en la máxima casa de estudios, UNAM; en la Universidad Iberoamericana, y en las universidades de Wisconsin, Colorado e Indiana, en Estados Unidos.

Dedicada a la docencia y a la promoción de la cultura en diversas instituciones oficiales, en 1971 fue nombrada embajadora en Israel.

Su obra poética estuvo colmada de una absoluta sinceridad para poner de manifiesto su vida interior, la inadaptación del espíritu femenino en un mundo dominado por los hombres y una melancolía reflexiva, ejemplo de ello son los volúmenes "Trayectoria del polvo" (1948) y "Lúvida luz" (1960).

A lo largo de su vida fue distinguida con múltiples galardones, entre ellos el Premio Chiapas 1958; el "Xavier Villaurrutia", por "Ciudad real"; el Premio "Sor Juana Inés de la Cruz", y el Premio "Elías Sourasky" de Letras. Siendo embajadora de México en Israel, el 7 de agosto de 1974 murió víctima de un accidente doméstico.

ad pēdem
literae

“Cuando la vida te presente razones para llorar, demuéstrale que tienes mil y una razones para reír.”

Anónimo

letras de
buen humor

“Al perro que tiene dinero se le llama señor perro.”

Proverbio árabe

En interiores...

Que regresen los Indios Verdes

Guillermo Osorio

Página 2

Los últimos días de Guillermo Prieto

Héctor de Mauleón

Página 3

La Voz del Papa

P. José H. Gómez

Página 4